



Adolescentes que tiranizan, amenazan, pegan e insultan a sus padres porque no les compran unas zapatillas de marca o les niegan dinero para tabaco. La violencia de hijos hacia padres es un fenómeno creciente en España: el año pasado se presentaron más de 2.500 denuncias por violencia doméstica ejercida por menores. Muchos acaban en condenas cumplidas en centros de reeducación.

HIJOS MALTRATADORES

EN ESPAÑA SE PRESENTAN SIETE DENUNCIAS AL DÍA CONTRA ADOLESCENTES POR AGRESIONES A SUS PADRES

INTERNADO

Julián (no es su nombre real) cumple una 'medida' de internamiento, de nueve meses, en la Colonia San Vicente Ferrer por maltrato a sus padres, además, tiene pendientes otros juicios.

[Inma MURO] [Fotos: Paco LLATA]
inmamuro.interviu@grupozeta.es

Con 13 años pega a su madre (en una ocasión la golpeó con un bate de béisbol), está embarazada y hace unos meses intentó suicidarse tomando 70 pastillas. La convivencia se ha vuelto tan insostenible que su madre ha pedido a la Junta de Andalucía que se haga cargo de la menor. Este caso de Córdoba—que llegó a los medios de comunicación recientemente— es extremo pero no tan extraordinario como puede parecer. Sólo en Andalucía se registraron 681 denuncias contra menores por violencia doméstica, según datos de la Memoria de la Fiscalía General del Estado de 2007. Fue la segunda comunidad autónoma, por detrás de Valencia, con 727 casos. En toda España el número de las causas abiertas contra menores por esta razón alcanzó las 2.683 (una media de siete denuncias al día). La gran mayoría de ellas, aunque no aparezcan reflejadas específicamente como tales, son interpretadas por fuentes de la fiscalía como de maltrato de hijos contra padres, una realidad que crece a buen ritmo, un 25 por ciento cada año.

La Comunidad de Valencia es pionera en la lucha por arrojar luz sobre un problema dramático que destruye la vida familiar. Teresa Gisbert, hoy fiscal jefe de Valencia, emprendió en 2004—cuando era coordinadora de la Sección de Menores— una labor para evidenciar una situación que veía a diario (hasta dos denuncias cada día sólo en la esta comunidad): *"Viví de cerca cómo se hizo visible el problema del maltrato de hijos a padres. Algo que ha existido siempre pero que se ha callado porque se pensaba que debía quedar en familia, por culpabilidad y también porque no se percibía que hubiese respuesta de las autoridades"*.



UN CENTRO MODÉLICO

La Colonia San Vicente Ferrer es un lugar abierto, sin rejas y con una metodología de trabajo con padres e hijos muy reconocida. Arriba, parte del equipo de este centro..



MIEDO

Alicia muestra las marcas que han dejado en su casa las reacciones violentas de su hija, recluida en el centro de reeducación. Asegura que teme el día en que regrese.

Varios factores se han concitado para el proceso de sacar a la luz estos casos. "El punto de inflexión lo marcó el que la gente empezase a tener noticia de la competencia de la Fiscalía en estas cuestiones. Y también la Ley del Menor de 2005, que permitía la actuación del ministerio público en estos casos", aclara la sucesora de Gisbert en el cargo, la fiscal Gema García, también muy concienciada en esta cuestión. Sobre todo, recalca la necesidad de actuar ante los primeros conatos. "Somos un servicio público y tenemos que darlo a conocer porque hay salidas y se debe cortar de raíz el problema para que no se conviertan en adultos violentos", explica esta representante del ministerio público, que destaca las altas cotas de éxito que se han logrado tras sus intervenciones, más del 70 por ciento.

Lidia (nombre ficticio) es una de las jóvenes que pasó por el tribunal. La senten-

cia le obliga a estar internada un año en la Colonia San Vicente Ferrer, de Burjassot (Valencia), institución para la reeducación de jóvenes, dependiente de la Generalitat valenciana. Llegó allí tras varias denuncias de sus padres. Con 15 años, se quedó embarazada de un chico mayor que ella, traficante de drogas. Cuando comenzó la relación, su carácter cambió bruscamente, surgieron los problemas en casa, reacciones violentas, insultos y la fuga del hogar para convivir con su novio. "A mis padres no les gustaba que saliera con él y con razón", reconoce ahora, diez meses después del ingreso.

En este tiempo ha tenido tiempo para reflexionar y lo ha hecho: "Yo me daba cuenta que hacía lo que me daba la gana. Mi vida era un caos, me lo monté mal". Su primera reacción tras ser internada fue culpar a sus padres por alejarla de su chico. Ahora admite su culpa. "No estaba en casa nunca



FISCALES

Tanto Gema García (izquierda), actual fiscal de Menores de Valencia, como Teresa Gisbert, antecesora en el cargo, se han implicado muy activamente en este problema.

y cuando iba les trataba mal, rompía cosas, golpeaba las puertas... Empujones e insultos fueron muchos, y amenazas había por parte de mi madre y mía", rememora Lidia con ayuda de la psicóloga que le va sacando algunos de los detalles que todavía le cuesta reconocer. Con lágrimas en los ojos asegura que se arrepiente.

"He hecho el esfuerzo de no hacer lo que me dé la gana y mis padres han comprendido que yo no soy mi hermana. No me dejan llevar una rasta de un metro pero sí pintarme el pelo de rosa. A los padres les aconsejo que no dejen hacer a su hija lo que le dé la gana, pero una madre tampoco la debe sobreproteger porque hay que darle libertad -prosigue Lidia-. Llega un momento en que los niños ya no quieren ir de la mano al centro comercial, deben aceptar que van creciendo".

Precisamente, el trabajo con los padres es uno de los puntales básicos en los que se cimienta la reeducación. Las psicólogas de San Vicente Ferrer María José Ridaura y Pepa Sánchez crearon en 2005 una escuela de padres pionera en España, porque reeducar a los jóvenes no sirve de nada si cuando se reincorporan al hogar no les saben poner límites. "Es necesario darles pautas para que aprendan a decir que no y mantenerse firmes a pesar de la presión", argumentan estas es-



"HAY QUE CORTAR DE RAÍZ PARA QUE NO SE CONVIERTAN EN ADULTOS VIOLENTOS", DICE GEMA GARCÍA, FISCAL DE MENORES





LA ESCUELA DE PADRES TRATA DE IMPLICAR Y EDUCAR A LOS PROGENITORES EN LA SOLUCIÓN



pecialistas, que reconocen que es más fácil trabajar con los chavales que con los padres. "Los adultos son más resistentes al cambio, llevan muchos años equivocados. Si un chaval no cambia pero los padres sí, la situación se resuelve. Al revés, no", aseguran.

Quienes trabajan a diario con casos de violencia intrafamiliar coinciden al dibujar el panorama que está acrecentando el número de casos. "Hoy es habitual que en los hogares trabajen ambos padres y los niños crecen sin supervisión, sin la atención necesaria, y se van haciendo los dueños de la casa. La falta de tiempo y dedicación es compensada con caprichos y tolerancia desmedida", explica Rafael Iniesta, abogado especializado en menores. "Es un problema complejo, en el que la socie-

dad también tiene responsabilidad, porque muestra ejemplos de conducta violenta", apunta Antonia González Pereira, colega de Iniesta.

La fiscal Gema García añade varios factores desencadenantes, "como el cambio de roles dentro de la familia: padres que abandonan su papel de autoridad para adoptar el de amigos de sus hijos o el protagonismo que se da a la adolescencia, que transmite una baja tolerancia a la frustración, lo que les lleva a pensar que tienen que conseguir lo que quieren y conseguirlo ya".

Apoyo a los padres

Educar no es fácil y tampoco es sólo responsabilidad de los padres hacerlo. Teresa Gisbert asegura que "los modelos de conducta no sólo vienen de la familia, sino de la sociedad, y las soluciones también deben llegar de ella. No podemos dejar solos a los padres ante este problema".

Alicia es una de las madres que acudieron a la Fiscalía en busca de ayuda porque ya no podía con su hija (hoy internada en la Colonia San Vicente Ferrer). Tras la separación de su marido, cuando la niña tenía 8 años —hoy tiene 15— y después de pasar un año con el padre, la situación se fue haciendo más difícil. Ante la actitud conflictiva de la menor, la madre fue cediendo para evitar problemas: le dejó su habitación, la más grande de la casa, con baño, y ella se fue a dormir en una cama individual en el cuarto de su hija. La adolescente tomó posesión del territorio y en la puerta del dor-

mitorio —reconquistado ya por la madre— todavía hoy cuelga un cartel con las reglas de la joven: "Yo decido el día de limpieza. Llama y espera contestación. No entres si la visita no tiene carácter de urgencia. Los visitantes que no sepan apreciar la música, que pasen de largo".

No es este el único vestigio de la tiranía de la hija, todavía son visibles algunas de las cicatrices que han dejado sus arrebatos: marcos de las puertas arrancados, la mampara del baño rajada y cerradura en la habitación de la madre. "He tenido que encerrarme varias veces con llave para escaparme porque me ha amenazado con cuchillos. La más grave fue un día que me negué a darle dinero para tabaco y quiso clavarme un cuchillo. Me encerré en mi habitación y acabó clavándose a este muñeco", cuenta mostrando un peluche de Minnie Mouse con una raja certera en el pecho.

La actitud de la joven ha cambiado mucho desde que está en el centro, pero su madre teme el día del mes de agosto en el que su hija vuelva a casa: "Yo seguiré echando la llave para dormir. Sé que tengo que mantenerme firme y marcar los límites, pero cuando la contradiga no sé qué hará".

Julián (tampoco éste es un nombre real) tiene 15 años y hace seis meses que está en la colonia; le faltan tres para salir. El día antes de ingresar para cumplir el internamiento se fue de fiesta a Barraca, una macrodiscoteca a las afueras de Valencia. Pensaba que le iban a llevar a una prisión como las de las películas, "con funcionarios de uniforme y cazos de comida horrible", confiesa. Pero en el centro San Vicente Ferrer no hay altos muros, ni rejas en las puertas, no hay tampoco policía para vigilar y durante el día la verja está abierta de par en par. Los menores no están recluidos en celdas, sino en un ambiente que trata de reproducir un hogar y van a clases muy parecidas a las que hay en el exterior.

Julián tiene ganas de volver a casa: "Va a ser una prueba después de estar aquí todo el día. Han hecho una gran faena conmigo pero todavía me falta". El mismo nota el cambio que ha experimentado en 24 semanas: "Ahora quiero seguir estudiando y sacarme un ciclo formativo en edificación y obra civil. Si me dicen hace seis meses que iba a decir esto, no me lo habría creído", dice entre risas. Atrás quedan las juergas de toda la noche con amigos que le doblaban la edad y con quienes podía conseguir alcohol y entrada a las discotecas a pesar de sus 14 años. También quiere dar carpetazo a las riñas con los padres, las amenazas, los insultos y los portazos. Cuando se reencuentra con la familia cada fin de semana, se lleva bien con ellos e incluso ha sido él quien ha pedido que le adelanten la hora de llegada los sábados: "Es que, si no, al día siguiente cuando voy a trabajar con mi padre no soy persona", admite.

DÍA A DÍA

Los menores siguen sus estudios en el centro de internamiento. Abajo, la psicóloga Pepa Sánchez durante una sesión con Lidia, interna en la colonia.